

de ella. Todo esto faltaba en don Pedro, si bien no las ansias de su pecho, que en el silencio de la noche no le eran ocultas á Feliciano, y como andaba con cuidado de saberlas, costóle algunos desvelos examinarlas con los oídos.

Un día, no pudiendo sufrir tanto silencio, hallándose solos, le habló Feliciano de esta suerte: Nunca imaginara, señor y dueño mio, que en tí pudiera haber tanto recato, que penas que encubres en tu pecho se me recelan, habiendo siempre sido el archivo de tus secretos y el fomento de tus empleos; poco me favoreces, pues cuando conozco en tí desasosiegos, inquietud y penas de amor, me las ocultas; véote desvelado las noches, retirado los días, y siempre con un profundo silencio y una grave melancolía, que me tiene puesto en notable cuidado; tú saliste de tu patria publicando que ibas á la corte, has hecho asiento en esta villa, con tanto retiro de que te vean, que me trae confuso ver esto é ignorar á qué fin se hace; no ignoro que á los criados solo les es dado servir á sus dueños con puntualidad y amor y obedecer sus órdenes y mandatos, y no querer saber de ellos mas de lo que les digan; yo he seguido hasta ahora este estilo; mas con la licencia que me tomo por la antigüedad de criado tuyo, siempre fiel en tu servicio, me atrevo á preguntarte: ¿qué designio te ha traído aquí? ¿Por qué causa vives con desvelos? Y ¿qué intentas hacer en esta posada, retirado de las conversaciones, que es lo que muchas veces, ó las mas, divierte las penas? ¿Merece mas este huésped, conocido de cuatro días, que un criado que te ha servido muchos años? Decláreseme este enigma, que no es mi consejo tan para desechar, que en algunas ocasiones no te has valido de él. Aquí dió fin á su justa querrela Feliciano, y su amo principio á su satisfacción de esta suerte:

Feliciano amigo, resistir uno su estrella mal puede, si del cielo está determinado que ha de dominar en él, aunque comunmente se dice que el sabio tiene dominio sobre ellas; yo debí de nacer para amar una beldad que ha rendido mi pecho, ha sujetado mis potencias y puesto en prision mi albedrío; y así, resistirme á lo que los hados disponen será yerro; déjome llevar de mi afición, con conocimiento de que sigo un imposible y que intento una temeridad, y por eso me ves imaginativo, desvelado y melancólico, sin sosiego las noches, con silencio los días, y padeciendo entre mí muchas penas, nacidas de que amo donde tengo por dudoso el premio de mi amor, con un impedimento que me desmaya la esperanza; al fin, por no tenerte confuso, yo vi aquella beldad, aquel serafin humano, aquel portentoso de hermosura, que pasó por nuestra patria en compañía del marqués Rodolfo, su padre; las partes que hay en ella, pues tú la viste, bien serán disculpa de mi arrojamiento de amarlas; conózcolas, ámolas, mas hay un estorbo que me impide el pretenderlas. Esta dama, que es su nombre Margarita, está capitulada con un caballero, primo suyo, llamado Leopoldo, de tantas partes, que para competidor sobran; ya amé, ya quise, ya pa-

decezo; retroceder de esto, téngolo por imposible hasta probar los vados que en esto hay; galantearla un caballero pobre como yo, cuando la espera otro esposo galan, rico, bien entendido, conocido y con sangre suya, es disparate; porque ¿de qué suerte introduciré este amor de manera que llegue á recibir un papel mio? Mi sangre no es inferior á la suya, pues la casa de Astorga y la de Villafranca honran mi origen noble; en esto no podían reparar, si mi suerte fuera tal que con mas conocimiento me hubiera visto en la corte; á ella vuelve de su romería, y solo tengo de término para comunicarla tres meses, que será lo que tardare en venir la dispensación; he hecho varios discursos sobre el introducirme con ella, y el que mas en mi favor está es fingirme loco y procurar con donaires caerla en gracia en esta villa, para que de ella me lleve consigo á la corte. Esto se me ofrece por ahora, aunque sea en desdoro de mi opinión; mas si me en que en la corte seré conocido de pocos, por haber mucho tiempo que estoy fuera de España; sin esto el traje que pienso ponerme ha de ser ridículo, y esto me hará ser desconocido de todos é introducido en la casa del Marqués, donde no pienso perder tiempo, porque hay tambien en mi favor saber de quien me hizo informacion de esta danta que no admite con mucho gusto el casamiento, por ver á su primo muy distraído con mujeres. El comunicar esto con el mesonero me ha estado á cuento, porque él ha de ser el todo de mi introducción, deseando que haga un informe de mi persona muy en favor mio. Con esto sabrás, Feliciano, mi amor, mi pena y mis intentos.

Parecióle á Feliciano á propósito la traza de su dueño, pues por otra alguna no podia introducirse con su dama, y así fueron disponiendo algunas cosas para que tuviese mejor efecto; y la primera fué vestirse don Pedro de un hábito ridículo, que era á lo antiguo, con follados de paño verde, ropilla de faldas grandes, capa de capilla redonda, muy corta, y una gorra de Milan verde, de terciopelo; con este hábito se mudó á otra posada, que era de un hermano del huésped, persona de quien tambien fiaron el secreto, costándole esto á nuestro don Pedro algunos doblones, de muchos que habia traído de Flándes, con algunas ricas joyas de diamantes, ganado todo al juego, en que era muy dichoso.

Volvió pues nuestro Marqués con su hermosa hija de su romería, y antes de llegar á Ponferrada, los palos de la litera en que venia se rompieron; de modo que al anciano le fué fuerza ponerse á caballo y llegar así á la villa, adonde trataron luego de hacer otros para proseguir su viaje; no habia en aquel lugar maestro tan diestro que hubiese hecho semejante hacienda; y así no se la pudo dar en dos días; pena para los caminantes ver esa detencion.

Posó el Marqués en el meson donde habia estado don Pedro, por ser el mejor de aquel lugar, y esa fué la causa por que él le habia dejado y mudado de posada en otra cerca de aquella. Instruido el huésped en lo que lo

habia de decir al Marqués para la introducción de su persona, vino la ocasion como la podia desear; por que como es propio de señores ociosos el preguntar en ajeno lugar por las cosas particulares de él, el Marqués, deseoso de saber lo que en Ponferrada habia, mandó llamar al huésped. Era muy afable caballero el embajador, y habíase visto en España algunas veces; de manera que sabia la lengua de ella como si fuera nacido en su reino; pues como el huésped estuviese en su presencia, le comenzó á preguntar la antigüedad de aquella villa, las casas ilustres que habia en ella, el trato desus vecinos, la hermosura de sus damas y otras mil menudencias, á que satisfizo el huésped, dando larga cuenta de todo; y entre las cosas memorables que contó de aquella antigua villa quiso poner la de la persona de don Pedro, hablando de él con estas razones.

Entre muchas cosas de que á vuestra excelencia he dado cuenta, tocantes á esta antigua villa, que causan admiracion, una que le prevengo sé que le ha de dar notable gusto. A este lugar vino, habrá quince días, un hombre vestido á lo antiguo, de paño verde, y tratado de algunas personas de este lugar, le preguntaron quién era. A que respondió que él habia salido del río Sil, que baña los muros de aquel lugar, y que era de gran prosapia en Galicia; hácese llamar señoría porque se intitula conde de las Legumbres; los disparates que dice acerca de apoyar su título son ridículos, de modo que á todos hace reír; no sale mucho de la posada en que está, trátase bien, y no sabemos de dónde le socorren; tiene solo un criado, que le lleva su peregrino humor, y de esta manera pasa; tengo por rara maravilla no haber venido á visitar á vuestra excelencia, que es muy amigo de comunicarse con forasteros.

Dióle al Marqués mucho gusto lo que su huésped le contaba, y rogóle que se le trajese á su presencia, ayudándole á esto la hermosa Margarita, que estaba presente á esta plática; obedeció el huésped solícito, porque le importaba traer á don Pedro allí; y así salió de su casa á la de su hermano para hacer que viniese, advirtiendo primero al Embajador que le habia de tratar con muchos honores, si queria gozar de él gustoso; porque cuando no hallaba este agasajo, se desesperaba; prometiéndose así, con que el huésped fué por don Pedro, el cual vino vestido en la forma que le habia dicho al Embajador; extrañóle el traje, y asimismo á la hermosa Margarita; acompañaba á don Pedro Feliciano, su criado; salió el Marqués á recibir á la puerta de la pieza donde estaba, diciéndole: Bien sea venida la gala de España y la flor de todos los caballeros de ella. No gana vuestra excelencia las albricias, respondió don Pedro, en decirme esto, que muchos han alabado á la naturaleza por lo perfecto que me crió. Yo seré uno mas de los de ese voto, replicó el Marqués, que un diamante finísimo á todos parece bien; y así, ese talle, con las perfecciones que el cielo puso en él, es agradable objeto de cuantos le miran. Ya don Pedro llegaba á la presencia de Margarita, y así, fingiendo aun mas suspension de ver su grande hermosura de la verda-

dera que tenia, dijo: Cesen ya las alabanzas de mi perfección, señor Marqués, que es tiranizárselas á esta dama; decidme si es hija vuestra, para que participeis de las alabanzas que la diere, por genitudo de una beldad, que es prodigio de nuestro hemisferio, milagro de la naturaleza y asombro de los vivientes, si bien dulce y regalado objeto de los ojos, iman de las voluntades y poderosa flecha de Cupido; juro á fe de conde, que en este breve instante que he mirado su beldad, me tiene el alma tan rendida, que ya no soy mio, ni mi libertad prenda propia de mi alma. Tantas son vuestras ponderaciones, señor Conde, dijo la dama, que me dejan sospechosa de que se pasan á fisonjías, é introducirnos conmigo por ellas viene á ser descrédito vuestro, pues no aconsejaria á galan ninguno que al principio de su empeño mostrase sus defectos, pues es dar recelos de su verdad. La mia es, dijo el enamorado caballero, pura, cándida, limpia y sin mácula de socarronería, como veréis siempre en mí. Siéntese vuestra señoría, dijo el Marqués, que le queremos muy despacio. Así pluguiese al Plasmador del orbe, dijo don Pedro sentándose, mas veo que ha de ser tan breve este contento, tan momentáneo este júbilo, que menos que punto me ha de parecer la corta asistencia que habeis de tener en esta villa, no lugar terrestre, sino cielo hermoso, pues ha merecido que esta deidad ponga sus divinas plantas en él. Ahora bien, dijo el Marqués, comiéncese vuestra visita con decirnos quién sois, que hablar con caballeros, de quien tenemos cortas noticias, es darnos causa á ser groseros y cortos en las cortesías que se les deben. No lo podeis ser, dijo el disfrazado caballero; mas para que mi amor y deseos de servirlos se entablen con fundamento de saber mi origen, dadme atencion.

CAPITULO XIII.

Prosigue el ladron la novela de *El conde de las Legumbres*.

El reino de Galicia fué gobernado antiguamente por condes, y despues por reyes. Imperaba Gundemaro, señor de este reino, el cual quedó viudo del segundo matrimonio, de quien tuvo sucesion á la infanta Teodomira, quien reinando despues, fué llamada la reina Loba; esta se enamoró de Recaredo el galan, uno de los ricos hombres de Galicia, que siempre siguió la corte; era deudo del Rey, aunque poco, y muy favorecido suyo, con que pudo tener entrada en el cuarto de la Infanta, y llegar á merecer sus brazos. De aquella amorosa union fué yo engendrado, y llegado el tiempo de nacer al mundo, era en ocasion que el Rey se halló en el cuarto de su hija; diéronla los dolores, y como primeriza en esto, no pudo disimularlo en la presencia de su padre, y él se pensó que otro accidente le habia sobrevenido. Lleváronla sus criadas á la cama, ignorando el verdadero mal que la fatigaba, y á pocas horas se llegó el parto, en que me arrojó al mundo para conocer en él mis desdichas. Cuando me acabó de parir mi madre, que fué en brazos de una criada, tercera de sus amores, salió conmigo á entregarme á un hermano suyo, que estaba avisado para esto, y al salir del cuarto de la

infanta encontróse con el Rey, que venia á verla; temió que curioso quisiese examinar lo que en la falda de la ropa llevaba, y así, se volvió por excusar este lance, y atrevióse á bajar al jardín, y por una puerta que caia al río Sil me arrojó en él metido en una cestilla de mimbrés, dando cuenta á la Infanta cómo me había entregado á su hermano, como estaba dispuesto antes; surcando iba las cristalinas ondas del claro río, cuando las aguas se dividieron, y yo fui sumergido en ellas, y recibido en los brazos del mismo Sil, que cercado de sus hermosas ninfas, fui llevado á su cristalino albergue; bien pensaréis que esto es poética ficción de las que maquinan los poetas; pues creedme, que pasó como lo digo.

En este oculto albergue fui criado de las ninfas y doctrinado del anciano río, que deseó sumamente que yo saliese consumado en todo, y para esto puso toda su diligencia en mi enseñanza; supe tres ó cuatro lenguas, en especial la latina, con mas cuidado que todas; bien sería de cuatro lustros cuando amor quiso que su fuego tuviese jurisdicción en el agua, porque se le diese feudo, como absoluto señor de lo terrestre y acuático. Habia entre aquel virgineo coro de ninfas una de quien el anciano Sil hacia mas estimación que de las demás; llamábase Anacarsia; sus gracias eran superiores, porque su hermosura era singular, aventajando con ella á sus compañeras con el exceso que el Délico planeta aventaja en luz á los celestes astros; el tocar todos los instrumentos lo hacia con suma destreza, su entendimiento era superior; en fin, ella era un prodigio en todo. De esta beldad me aficioné de modo que no tuve hora de sosiego despues que el niño Dios hirió mi corazón con las flechas de aquellos hermosos ojos; era dificultoso el declararme con ella, por haber poco lugar de dejarnos á solas las que habitaban aquel palacio cristalino; pero un día que todas las ninfas asistian en una academia de música y versos, con que entretenian al padre Sil, fingióse enferma la divina Anacarsia, solo á fin de que yo tuviese lugar para hablarla; estaba avisado de su traza, y así me fui á su aposento, donde la hallé en su mullido lecho, afrentando con su nieve animada al candor de las sábanas, y con su hermosura al mismo sol; turbéme cuando me hallé en su presencia, propio efecto de los que bien quieren; mas cobrándome algo, pude en balbucientes razones decirle estas: Hermosísima ninfa, gloria de este undoso albergue, si pena para las almas que advierten en tu hermosura, la mia desde que te vieron mis ojos se ha entregado á servirte, que ya no tengo dominio en ella; tuya es, por tuya se tiene, trátala como á prenda de quien te la entregó con puro amor y encendida voluntad. He tenido á gran favor que permitieses darme este lugar para hacerme sabedora de mis amorosas pasiones; y si tú las remedias, como son bien entendidas, dichoso yo que á tanta dicha he llegado.

Cobróme afición la hermosa Anacarsia, y así, á mis amorosas razones correspondió con otras, con que me dejó favorecido y con esperanzas de mayores premios,

si no las atajaran los pasos del undoso Sil, que como me echase menos en su academia, y juntamente á su hermosa ninfa, acudió luego á su albergue á ver qué hacia; y llegándose á él con pasos quietos, pudo escuchar toda nuestra amorosa conversacion, con que enojado conmigo quiso que no pasase á mas mi atrevimiento; y así, cercando el albergue de Anacarsia de claras olas, cubrió la puerta del aposento donde habitaba la ninfa, sacándome á mí de él violentamente, y de allí á la ribera del río, de donde oí una voz que me dijo: Gundemaro, tú eres descendiente de reyes, aunque ha tiempo que dejaron su cetro, y le posee otro fuera de su línea; naciste gentil; tú escogerás la ley que mas te ha de convenir, que es la que observa ese reino que fué de tus antecesores; tu expulsión de mi morada ha sido justa, porque no era razon consentir amores ilícitos con quien me tiene ofrecida su pureza, y yo á ella mi amparo y patrocinio; vive de hoy mas en tu reino, y cree que deseo tus aumentos mucho, y así yo tendré especial cuidado contigo. Dijo, y con un remolino alborotó las aguas, quedando allí un rato quietas, como si tal cosa no hubiera pasado; la parte donde me hallé fué en una huerta de hortaliza, en un cuadro sembrado de perejil; túvelo por buen agüero, porque de aquel sitio se derivó mi nombre; y así, despues que tuve el agua del bautismo, me llamo don Pedro Gil de Galicia, tomando el apellido del reino que fué de mis padres, que ha cuatrocientos años que murieron, segun he sabido por fieles tradiciones. Esto soy, con que me llamo conde de las Legumbres, estado que he prohibido á mí; porque un hombre tan ilustre como yo no ha de vivir como particular caballero. Mi origen he dicho, mi prosapia he publicado; si mis partes merecen ¡oh ilustre Marqués! que con ellas me atreva á servir esta prodigiosa hermosura, esta singular belleza y este templo de todas las perfecciones, vuestra licencia espero, vuestro beneplácito aguardo; mi nueva y encendida afición pide que no me le neguéis, pena de contravenir á ello, que de fin á esta vida, en que se pierde el mas importante caballero que tiene la Europa y el deudo mas honrado que tiene el católico Filipo.

Acabó aquí su plática, con tantos encarecimientos y tan notables afectos, así de visajes como de significación, que fué mucho no disparar la risa el Marqués y su hermosa hija. Feliciano estaba admirado, considerando á cuánto obliga el amor, pues á un caballero de tan gran juicio, que en la milicia se tomaba su voto por el primero, haciendo acciones de haberle perdido, se procuraba introducir por juglar para galantear á aquella dama. Despues que el Marqués hubo computóse, porque la risa de parte de adentro aun no la tenia sosegada, le habló de esta suerte: Señor don Pedro Gil, ilustre y fresco conde de las Legumbres, mucho me he holgado de conocer vuestra persona y saber vuestro prodigioso nacimiento y crianza, y á no certificarme vuestra autoridad, creyera que me contábades ficciones que intentan los autores de los libros de

caballerías, pues por fuerza de encantamientos vivian los hombres y las mujeres en ellos quinientos años; debo dar crédito á un caballero tan legumbroso como vos, con la dignidad de conde á vuestras, que acrecienta decoro al trato y respeto á la persona; la mia queda desde hoy tan aficionada á vuestras partes, que no perderé vuestra amistad en cuanto la vida me durare, y quisiera ser natural de estos reinos para estar mas cercano á vuestro servicio; pero lo que en ellos asistiere, que será lo que la voluntad del César dispusiere, eso me tendréis muy pronto á serviros; en cuanto á daros licencia que sirvais á Margarita, desde luego os la doy, y á ella licencia para que os admita el galanteo, pues sé cuánto gana en eso; pero ella está capitulada con un primo suyo y despachado por la dispensación á Roma, para hacerse, luego que venga, sus bodas; esto es un atasco para no pasar adelante con vuestro deseo; no me pesa poco no haberos conocido antes para que, granjeando en vos un yerno tan ilustre, mi casa quedara calificada con sangre de reyes de Galicia; los mas galanteos llevan su fin al matrimonio, esto no puede ser, pues galantear sin este fin, ni vos lo querreis ni el esposo que aguarda Margarita.

Aquí nuestro disfrazado caballero hizo grandísimas demostraciones de sentimiento, oyendo lo que el Marqués le decia, con que aumentaba la risa á los circunstantes, que ya no podian abstenerse de ella, y mucho mas á la hermosa Margarita, lastimándose igualmente con su padre de ver en un buen talle y sugeto perdido el juicio con aquellas locuras, y que tuviese por tan cierto haber nacido quinientos años habia y ser aborto del río Sil. Mientras algunos criados de porte ponian dificultades en la relación que les habia hecho don Pedro, y él estaba allanándoselas, comunicó el Marqués con su hija un pensamiento que le habia ocurrido, que era llevarse á don Pedro á la corte; porque sus donaires y singular capricho no era posible sino que les habia de entretener mucho, no quitándole el tratarle como hombre principal, informados del criado que lo era, y que en el fin de una grave enfermedad quedó con aquel delirio. Vino la hermosa Margarita en que le llevasen, dejando para otra visita el declararse con él. Don Pedro Gil significó al Marqués á la despedida que ya que su amor no podía aspirar al fin de merecer la mano de su hermosa hija, por lo menos no le quitase la gloria de amarla con amor casto y limpio, que ese ni aun su esposo le tendria por sospechoso. El Marqués se lo permitió, diciéndole que á la noche fuese su huésped en la cena, que tenia que comunicarle algunas cosas; aceptó con mucho gusto don Pedro, y despidióse de esta visita.

Quedaron el Marqués y sus criados hablando sobre la persona de don Pedro, admirados de su nuevo capricho y loco tema, y el Marqués trató con ellos cómo tenia determinado pedirle que fuese con él. Acertó á hallarse allí el mesonero, y dijole: Dudo mucho que don Pedro Gil haga eso, si es que ha de ser tratado como á inferior, porque es puntosísimo y vano; y caso

que se determine, en el modo de caminar tambien halló dificultad; porque ir vuestra excelencia en litera y él á caballo, dudo mucho que venga en ello. Para eso darémos un remedio, dijo el Marqués, y es que Margarita le mande que la vaya galanteando cerca de su litera, que si prosigue en lo enamorado, no lo podrá rehusar, é irá en un macho regalado que traigo conmigo para salir algunos días á caballo, que me canso de la litera, que por ser diferente en el adorno y buen aderezo que lleva de las demás cabalgaduras, no lo despreciará. Esto concertado, cuando anocheció vino don Pedro Gil á la posada del Marqués, hallándole muy afable al recibirle; tomó silla cerca de la hermosa Margarita, que fué para él sumo favor; hablaron en diversas cosas, hallando el Marqués en él un entendimiento muy capaz, si no se descompusiera con algunos donaires disparatados que decia, costándole algun cuidado para deslumbrar su conocimiento. Cenaron gustosamente, porque en toda la cena no cesó don Pedro de decir donaires y apodos á los circunstantes, con lo que los tuvo muy entretenidos. En levantando los manteles, el Marqués habló á don Pedro de esta suerte:

Señor Conde, lástima es que esa persona, adornada con tantas partes de cordura, se malogre en esta pequeña villa, y que no participe y se honre de ella la insigne corte del rey de España; ya he sabido que corta posibilidad estorba no estar donde digo, con la autoridad que esa persona merece; pero si se determina, por la afición que le he cobrado, estimaré en mucho que vuestra señoría se quisiese dignar de irse conmigo á Valladolid, adonde le tendré en mi casa con el decoro que se debe á quien es, sin que le cueste nada; de estar allí se le sigue que, conocidas sus partes, halle esposa igual á ellos, de calificada sangre y con riqueza; pues tratará con algunas señoras Margarita que las pueda hacer inclinar á esto; alcance yo este favor de que vuestra señoría quiera ir conmigo, pues el amor que muestra á Margarita, que es puro y sincero, me asegura que no ha de disgustar á su esperado esposo. A esto que he dicho aguardo su respuesta, halle yo la que merece mi voluntad y bien nacidos deseos.

Notablemente se holgó don Pedro de que hubiese surtido efecto su traza, y no menos que yendo por huésped del Marqués y cerca de su adorado dueño. Lo que le respondió fué esto: Señor excelentísimo, sola esa voluntad y amor de vuestra excelencia podian sacarme de esta villa, donde determinaba acabar mi vida en sus soledades, pues cuando un conde como yo se halla con obligaciones á que mirar, poca renta con que acudir á ellas, desdicha de estos calamitosos tiempos, lo mejor que le puede estar es retirarse donde sea conocido por quién es, aunque ande sin el fausto de criados ni tenga mas que un moderado vestido; yo no saliera de esta villa en toda mi vida, mas vuestras instancias pueden mucho, juntamente con esta beldad, que atrae á sí los corazones, como el tracio Orfeo con su dulce lira los fieros animales, plantas y piedras; vuestro soy desde este día; no quiero advertiros el tra-

to que se le debe á la calidad de mi persona, pues ya os consta mi regia sangre y título que poseo. Ir sirviendo en este camino á la beldad de vuestra hija es para mí uno de los mayores favores que me podeis hacer, y así acepto cuanto me ofrecéis con mucho gusto. Trataron del modo que habian de continuar aquel camino, y el Marqués allanó con don Pedro Gil que habia de asistir en él, cerca de la litera de su hija, yendo en un macho regalado de su persona, cosa que aceptó don Pedro con mucho contento, y lo quedó el Marqués de ver que la fineza de su amor olvidase la comodidad del caminar, cuando todos pensaban que escogeria litera, como él la llevaba, ó que no fuera. Esto concertado, el dia siguiente don Pedro puso en la litera á Margarita, gozando de que con su ayuda ella se acomodase, valiéndose de sus brazos, y esto le duró desde que salió de Ponferrada hasta que entró en Valladolid. Las cosas que le iba diciendo por el camino, así de ternizas como de donaires, entretuvieron á la hermosa dama mucho, exagerándole á su padre en cada posada á que llegaban lo divertida que habia venido aquel dia con don Pedro Gil de Galicia.

La última jornada que caminaron quiso don Pedro certificarse de su dama si apetecia el casamiento en que estaba capitulada, y así, buscando conversacion á propósito, en que no fuese esto traído por los cabellos; como es ordinario en los afligidos descansar su pena con cualquiera persona que comunican á menudo, aunque conocia el sugeto de don Pedro Gil, á la pregunta que le hizo de si tomaba gustosa estado, le respondió: Señor don Pedro Gil, no hay duda sino que en mi primo Leopoldo hay partes para ser armado; mas hallo contra mí una condicion en él, tan inclinada á tratar con varias mujeres, sin reparar en estados, sean altos ó bajos, que me quita gran parte del gusto que tengo en este consorcio, lo que no hiciera á haber en él enmienda despues que me ha visto en España, pues esto le habia de poner freno, para que con mas veras fuera amado de mí: Dios sabe con el temor que tomé estado; porque quien en los principios halla estos tropiezos ¿qué puede esperar adelante? La obediencia de mi padre y la conveniencia para su casa con este casamiento me hace no salir un punto de su gusto; ya me he determinado: lo que hago es rogar á Dios que mis agasajos le obliguen para que con el conocimiento de ellos él se reforme. No quisiera don Pedro que tan en ello estuviera Margarita, sino que tomara esto con menos gusto, para que su introduccion hallara mas esperanza que las que se prometia. Hablóla en esto muy á su propósito, abonando la parte de su primo con decirle que podia esperar en él enmienda, y propuso entre sí de esforzar cuanto pudiese su pretension, declarándose con la dama en la primera ocasion que se ofreciese. Con esto llegaron ese dia á Valladolid, saliendo Leopoldo á recibir media jornada antes de su llegada. Fué recibido del Marqués y de su prima con mucho gusto, cosa para el disfrazado don Pedro de poco; porque viendo el buen talle y persona de Leo-

poldo, le causó no pocos celos é hizo titubear en la empresa.

El Marqués dió á conocer la persona de don Pedro á su sobrino de esta suerte. Conoced, señor sobrino, á este caballero que nos viene desde Galicia favoreciéndolo, que su persona y partes merecen todo agasajo, como yo se le he hecho, bien debido á la real sangre de donde descende y á ser conde de las Legumbres: estado tan dilatado, que en cualquiera parte tiene vasallos que le obedecen. Reparó Leopoldo en don Pedro, y así de su traje como del nombre y título infirió que aquel personaje era hombre de humor y que como á gracioso le traian consigo; y así, por convenir en su presencia con lo que su tío le habia dicho, se volvió á don Pedro, á quien dijo: Mucho me he holgado, señor Conde, de conocer á vuestra señoría, y mucho mas de que venga haciendo este favor al Marqués, mi señor, y á mi prima; con los dos me ofrezco por su servidor y amigo, que hasta haber estimado su persona y partes para que yo les imite. Agradeció don Pedro el favor que Leopoldo le hacia, y así le dijo: Todo lo que tocara á la hermosa Margarita debo tener en mucha estimacion; esta haré de aquí adelante de vuestra señoría, deseando valer algo para que me ocupeis en vuestro servicio todo el tiempo que el señor Embajador gustare que le esté asistiendo en su casa. Qué ¿ese bien mas tenemos? replicó Leopoldo; yo quedo con esto gozosísimo, pues tan de puertas adentro nos viene. No sé cómo le tendréis por tal, dijo el Marqués, porque el señor don Pedro Gil viene muy enamorado de vuestra prima, y este conocimiento entró por amor, si bien ya me ha asegurado que despues que supo su empleo se ha quedado convertido en amor de hermano, y con ese viene favoreciéndola. Así es, dijo don Pedro, para que no tengais recelo ninguno; que á no asegurarnos de esto, pudiérais tener alguna inquietud, y no solo vos, mas el mismo Narciso, que con mi gala y entendimiento no hay en el orbe quien compita. Ese conocimiento me queda, dijo Leopoldo, en lo poco que ha que os he visto; y así, fiado en vuestra palabra, me aseguraré, lo que sin ella no hiciera. Con esto llegaron á la corte, donde al apearse el Embajador en sus casas, halló muchas señoras que estaban aguardando á su hermosa hija. Apeóse Margarita en los brazos de su esposo, nueva pena para el enamorado don Pedro, que ya iba sintiendo de veras los celos. Aquella noche hubo una espléndida cena, en que cenaron cuantos se hallaron allí á su recibimiento: fué prevencion del galán Leopoldo, comenzando desde este dia á mostrar sus finezas. Posaba este caballero dentro de la casa del Embajador, y tambien don Pedro, señalándole allí un cuarto muy bueno, como si no viniera en cuenta de jugar, porque de aquel modo queria entretenerse á sí y á la corte con don Pedro: él se fué á acostar despues de cena, no poco cuidadoso de verse empeñado en empresa donde hallaba tantas dificultades, dudoso cómo podria salir con ella, cuando de por medio habia tantos empeños, y el mayor el ver la resolucion de Mar-

garita en obedecer á su padre, aun conociendo la condicion de su primo. No le animó mucho su criado Feliciano, antes le reprendia su determinacion, pues se habia expuesto á aparecer truhan en una corte por lo que no habia de alcanzar: en varios discursos pasaron gran parte de la noche los dos, resolviéndose don Pedro á que en declarándose con Margarita, si no era de ella bien admitido, volverse á Galicia.

Seis dias continuaron las visitas de los caballeros y damas, con quien el Embajador y su hija se comunicaban, y en todos ellos sazón sus conversaciones don Pedro con muchos donaires que dijo, cayéndoles á todos en mucha gracia, celebrando cuantas decia, con que corrió la voz por la corte de que era el mas entretenido bufon que en ella habia entrado. Aconsejaban algunos al Embajador que le llevase á palacio, porque le aseguraban que el Rey gustaria mucho de él: vino á oídos de don Pedro, y enojóse mucho, diciendo que los señores como él, que tenian por dudoso el agasajo debido á su autoridad y sangre que el Rey le haria, no habian de ponerse en ocasion de tener despus sentimiento de haber andado corto con él. No quiso el Embajador disgustarle viéndole rehusar esto, librando el convencerle para cuando estuviese sazonado.

CAPITULO XIV.

Da fin el ladrón á la novela de *El conde de las Legumbres*.

Habian caido enfermos dos criados de Leopoldo, de quien fiaba sus amorosos empleos, y aunque pudo abstenerse de su condicion, en tiempo que debia andar ajustado por contentar á Margarita, no miró á esto, sino á seguir su gusto, y así le pareció salir de noche, acompañado de Feliciano, sabiendo que era hombre de buenas manos para fiar su seguridad de él; llevóle consigo tres ó cuatro noches á una casa, donde salia muy á deshora de ella; aunque entraba allá Feliciano, no quiso ser curioso en averiguar quién era el dueño de aquella casa hasta la tercera ó cuarta noche que asistió allí, y hallándose con una criada, que deseó seguir el ejemplo de su ama con Feliciano, la preguntó cuya era aquella casa y quién la dama del empleo de Leopoldo.

Con amor mal se guarda silencio; era criada, y con esto está dicho que diria cuanto le fué preguntado; de su informacion sacó Feliciano que aquella casa era de la tia de su dueño, y su hermana la dama que Leopoldo gozaba, con palabra que primero la habia dado de casamiento, y proseguia en esto porque su gran retiro la tenia ignorante del casamiento que Leopoldo tenia capitulado con su prima. Sabido esto por Feliciano, lo trasladó á la noticia de su dueño esotro dia, de que don Pedro quedó tan absorto como indignado contra su hermana, si bien este procedimiento de Leopoldo, con quien tanto le tocaba, le esforzó su esperanza, viendo que por aquel medio le facilitaba mas su empresa, pues era cierto que viviendo él é igualando en sangre á Leopoldo, no habia de consentir que con otra se casase sino con su hermana, á quien debia su honor. El medio

que tomó para ver la resulta de este empeño fué que Feliciano dijese á la criada cómo Leopoldo estaba capitulado con su hermosa prima, exagerándole sus partes para que ella diese copia de esto á su hermana, aguardando lo que haria sabiendo su agravio. Hizose así como lo dispuso don Pedro, y á la siguiente noche, que ya doña Blanca (así se llamaba la hermana de don Pedro) tenia sabido esto, tuvo una gran pesadumbre con Leopoldo, si bien él negaba á piés juntillas el estar capitulado ni tratar de casarse con su prima, y así procuraba satisfacer á doña Blanca en esto. Ella fingió darse por satisfecha, con pretexto de hacer el dia siguiente una apretada diligencia sobre ello, con que despidió á Leopoldo, yendo él muy contento en pensar que quedaba su dama muy satisfecha; pero fuése con propósito de no volver á verla tan presto, fingiéndose indispuerto. Supo esa misma noche don Pedro, de Feliciano, todo cuanto habia pasado entre doña Blanca y Leopoldo, y sintió mucho que su hermana hubiese dádose por satisfecha de quien la trataba con tanto engaño; quiso se pasasen dos dias, hasta ver qué era lo que su hermana hacia, mandando á Feliciano que estuviese á la mira de todo.

Esotro dia de la satisfaccion de Blanca, ella con la rabia de los celos no tuvo sufrimiento para esperar á mas, y quiso saber su agravio de buen original, que fué de la boca del Marqués; tomó un coche, y yendo de embozo, se fué á su casa en tan mala ocasion, que habiendo llegado á los corredores de ella para hacer llamar al Embajador, se encontró con Leopoldo, el cual conociéndola, en breve se le ofreció presumir á lo que venia, que era á dar cuenta al Embajador de su casamiento y á mostrarle la cédula; y era así como lo imaginaba, que doña Blanca se dió por satisfecha de Leopoldo al cargo que le hacia de casarse con su prima, con ánimo de acudir el dia siguiente á saber del Embajador todo esto. Recibióla Leopoldo con muchos agasajos, aunque ella no le mostró buen semblante, cosa que acreditó en Leopoldo mas su sospecha; díjola que le importaba hablarla sobre cierta cosa, y para eso que sería cómodo puesto un cuarto separado del de su tío; porfiaba Blanca que antes que la hablase habia de estar con el Embajador, y esto defendia Leopoldo, diciéndola que estaba ocupadísima en ver un pliego que le habia venido de Alemania, enviado del César. Tanto la persuadió á que le habia de hablar antes que ella al Embajador, que quiso por entonces Blanca darle gusto á Leopoldo; y así, el caballero se valió del cuarto de don Pedro, pidiéndole que tuviese allí aquella dama mientras él volvía á hablarla, en asegurando á su tío y prima; como Blanca estaba de embozo, no la conoció don Pedro, aunque se sospechó, por lo que habia sabido, que era su hermana; tampoco Blanca conoció á su hermano, porque el traje que vestia era singular, y además de esto traia anteojos, con que se disfrazaba mucho. Acompañó don Pedro á su conocida hermana, y dejándola en su aposento cerrada, volvió á buscar á Leopoldo, para saber qué determinaba hacer de aquella dama; él